

las luchas partidistas de la política criolla, bebe en esta fuerte literatura y observa, actuando a veces con arremetidas dramáticas, absteniéndose otras por desconfianza, falta de guías, y de una idea máxima que la libre de las sugerencias del mundo y de los míseros intereses de los grupos que se disputan el gobierno.

Así sigue hasta ahora, desengañada, vacilante, huérfana y ávida de intensas combustiones.

Pese a las páginas finales de «afirmación y heroísmo», el libro de Melfi destila alguna amargura, no logra disimular el gesto brumoso de los vaticinios. Luchas y tragedias inútiles arroja el balance de nuestro pasado como nación. Los hombres salidos de semejante crisol llegan a nuestro presente con las taras exacerbadas de la ambición, del egoísmo homicida, de la vanidad y de la pasión soberana, dueña de todos sus pensamientos. Así se explica su inepticia y su derrota moral frente a los graves problemas que hoy en día plantea la vida chilena.

Libro honrado, sereno, del cual irradia calor de humanidad, emoción cordial, estimulante.—LAUTARO YANKAS.



DIEGO MUÑOZ Y SUS MALDITAS COSAS

A veces uno pregunta:

—¿Quién está escribiendo ahora?

Y en la esquina de Ahumada con Huérfanos, mercado de informaciones literarias y tribuna de quejumbres, apóstrofes y disquisiciones sabias, alguien aporta el dato:

—Ha salido por ahí un tal Diego Muñoz... Publicó *La Avalancha*, que está muy bien. Después le editaron *De Repente*. Tiene páginas muy intensas... Y pasan unas hermosas mujeres. Uno las mira hasta que se pierden entre el gentío. Luego pasan dos elegantes sinvergüenzas, abundantes curas, algún alemán y.

constantemente, millares de seres misteriosos, acaso porque uno los desconoce.

Mientras tanto, el Diego Muñoz recién adquirido se escapa de la memoria. Se va, porque un viejo amigo llega en compañía de un señor alto:

—Don Fulano de Tal, poeta de Costa Rica. Don Zutano, escritor de Bolivia. Don Mengano, crítico de Buenos Aires. Don Perengano, periodista que anda en jira. El señor Tanto, escritor peruano, desterrado... El señor Cuanto, secretario de la Legación de Tal, y literato.

Y, durante días y meses, la escueta imagen de Diego Muñoz no aflora a nuestra conciencia.

Mas, se produce la segunda sensación.

—Ese es Diego Muñoz.

Pero ya ha pasado. Su espalda, nada estrecha, se aleja entre muchas otras espaldas. ¿Quién diablo será Diego Muñoz, con quienes se habrá formado, cómo escribirá? Y otra vez se acaba.

Cuando comenzaba a juntar palabras, conocía a todos los de mi edad. Y los clasificaba a mi manera. Y conocía hacia arriba a cuantos cultivaban cualquier género literario. Además conocía a gran número de muertos que habían dejado tal o cual página. No existía nombre, por pequeña que fuese su significación, para mí desconocido.

Entonces uno leía generosamente, con avidez, con desesperación y con prisa, todos los papeles impresos, por ligero o denso que fuese su volumen. Después uno se retrae y no lee sin tomar sus precauciones. Siente horror por el lugar común, por la exaltación vesánica y por todas las formas de la majadería. Lee a menudo obras excelentes, pero no hace descubrimientos. Queda esta misión para los mártires que ejercen la crítica. En fin, todo es igual. Todo pasa y todo podría ser peor.

—Tiene la palabra Diego Muñoz... Y ésta es la tercera sensación. Lo miro con fuerza. Estamos en una asamblea de la Sociedad de Escritores. En un costado de la sala, entre Tomás La-

go y Souvirón, está sentado Diego Muñoz. Es corpulento; su cabeza es pequeña y su rostro es firme y de expresión contenida. Su discurso, aunque breve, es enérgico. Tal vez piensa que si dice lo mismo en tono filosófico no se le creerá. Su voz es carnosa. Vuelve a su silencio. Lo miro aún. Y se me ocurre, como síntesis, que su rostro carece de urbanidad. Sigo mirándolo y me digo: «Si yo fuera pintor y pudiera tenerlo como modelo, haría un cuadro que llamaría El Pirata. Pintaría a Diego Muñoz con una camiseta negra y le pondría entre los brazos un sable impresionante.

Finalmente, llega a mis manos su libro *Malditas Cosas*. Dado mi parcial conocimiento de Diego Muñoz, el título con sabor a interjección, encaja, ¡pero muy bien! entre las demás sensaciones. Mas he aquí que el Diego Muñoz escritor difiere bastante del Diego Muñoz persona.

Ese Diego Muñoz que se agazapa en el subsuelo de sus relatos es un sensitivo y un singular captador de matices.

Difícil y casi imposible es decir hasta dónde el escritor traduce o expresa al hombre que hay en él, en lo que tiene de más constante y durable; y, asimismo, no es tarea fácil asegurar que tales o cuales preferencias y antipatías forman parte del hombre que el escritor quisiera ser.

Si de la pura lectura de *Malditas Cosas* (1) quisiéramos inferir qué le es simpático al autor, deberíamos señalar en primer término l individuo fuerte y un tanto primitivo; al original, al que constituye un caso. Después su entusiasmo se vincula al mar y a la vida marinera.

Empero, su nota de mayor resonancia es la sentimental. Sus cuentos *El Querido Maestro* y *Fin*, que caben en esta categoría, son acaso los más sinceros. En ellos el autor se entrega.

Todos sus personajes van a la mujer, guiados por una sexualidad simple y juvenil. No les perturba ninguna tendencia a la

(1) Editorial Nascimento 1935.

sublimación. Dentro de estas generalidades puede, además, asegurarse que el autor tiende a lo dramático.

Es absolutamente subjetivo. Sus personajes estén donde estén, yacen en un contorno obscuro e impenetrable. Por lo demás nunca se sabe donde están, exceptuando *Malditas Cosas*, en que se habla de París y *Fin*, en que el protagonista junto con la terminación del cuento, se irá de Santiago.

Tampoco va directamente a las cosas. Diego Muñoz usa la insinuación y la sugerencia.

Dentro de nuestro medio es un renovador. Evita con terrible constancia dar cualquier antecedente, hacer el más pequeño preámbulo o presentar sus personajes. Comienza en un momento dado y ocurre lo que debe ocurrir, a veces con asombro del lector. Su tono es íntimo y parece hablar para viejos amigos. Supone siempre que uno sabe algo de lo que quiere contar.

Hay en su libro tres cuentos paralelos a los que, respectivamente, se subordinan los restantes. Son *Niña de Color*, cuento de pura sugerencia, sin anécdota, construido con sensaciones. Luego *Fin*, cuento dialogado, con acotaciones, muy emotivo, en que lo culminante está no en lo que se dice sino en su complemento silencioso y en ciertas palabras vanales de formidable sentido. Y, por último, *El Querido Maestro*, cuento anecdótico, de gran fuerza sentimental, en que el autor se entrega del todo y que acaso, por lo mismo, es el que nos parece más sincero.

Diego Muñoz escribe con sencillez y transparencia. Y lo que dice lo dice con claridad, sin abandonar nunca cierto acento poético y sin caer jamás en lo ya expresado.

Su estilo se realza a menudo con hermosas comparaciones y con hallazgos muy felices. Todo está perfectamente fundido y hay matices y observaciones que escapan en la primera lectura.

Con todo, en sus próximos libros me agradaría encontrar a sus personajes más ubicados, objetiva y psicológicamente; querría conocer su valorización del ambiente, del paisaje, de lo que rodea al ser humano y querría, además, que sus tipos, no me:

refiero a los que toma de medios extranjeros, reflejaren nuestra manera de ser.

Los escritores se deben a su país. Y como a veces suele la raza hablar en ellos, deben todos, cualquiera que sea su posición, vivir con el oído atento a su probable llamado.— GONZÁLEZ VERA.



PIEDRAS Y SOL, por *Sady Zañartu*.—Prensas de la Universidad de Chile. 1935.

Sady Zañartu va labrándose silenciosa y tesoneramente un nombre en nuestra literatura de hoy en día, sin presunción ni apocando la obra de sus compañeros de labor. Encontramos en su persona cierto recogimiento digno, que lo aleja del tumulto y de las pasiones. Así su espíritu se enaltece y su obra aflora depurada de pasioncillas. Nos entrega ahora este libro breve en su extensión, pero denso de emociones, en el que vemos al artista distendiendo su sensibilidad en presencia de las piedras, acaso milenarias, de la región incaica, patinadas de sol y de historia. «Hacia el mundo de los incas» subtitula Zañartu su libro, y por ello colegimos que se trata de un libro de viaje; pero propiamente no lo es, porque no hay en él esas acotaciones minuciosas de cuanto la pupila recoge y que el escritor desarrolla como una cinta fotográfica. Sady Zañartu se interna en la sierra peruana con la emoción recogida, y ante la naturaleza grandiosa, cerca del sol, y junto a las piedras incaicas, su emoción vibra mediante evocaciones históricas. El paisaje lo absorbe y se abandona a él, hasta que la historia lo solicita con sus reminiscencias. Así, paisaje e historia se dan íntimamente ligados; obra de artista al fin. Nos guía Zañartu por el vericuelo